

LA HIJA DE JAIRO

- I Jairo ante el cadáver de su hija.
- II *Non est morta puella, sed dormit.*
- III Vuelta á la vida.
- IV La voz de la resucitada.

¿Do van las mal ceñidas
Veladas *Plañideras?*
¿Sus voces lastimeras
Qué quieren anunciar?
Traspasan de un palacio
El pórtico espacioso.
¿De quién es el pomposo,
Solemne funeral?

Del opulento Jairo
Aquella es la morada
Allí la muerte airada
Su dardo disparó;

Allí contempla un padre,
Con aterrados ojos,
Los pálidos despojos
Del fruto de su amor.

Trocara el triste Jairo,
Con júbilo y presteza,
Su fausto y su grandeza
Por miserable hogar,
Si sacrificios, dones,
O humano poderío
Pudieran aquel frío
Cadáver animar.

Cadáver de una niña
Tan bella como pura:
Tesoro de hermosura,
Dechado de candor.
Fué su existencia breve,
La vida de una rosa;
La muerte, nunca ociosa,
Sus galas marchitó.

Conserva todavía
Su cuerpo inanimado
Del rostro nacarado
La delicada tez,
Las hebras del ondoso
Cabello refulgente,
Del seno la naciente
Alzada redondez.

Semeja de alabastro
Bellísima escultura,

De larga vestidura
Y helénico perfil.
Y su expresión revela
Que un dulce pensamiento
La suavizó el momento
Amargo de morir.

Más lívida de Jairo
Se ve la faz sombría;
Dos tumbas aquel día
La suerte preparó:
Encerrará á la niña
La tumba de la tierra,
Al pobre viejo encierra
La tumba del dolor.

Y ya desesperado,
Su luenga barba mesa;
Ya enternecido besa
La exánime beldad;
Que escucha le parece
Sus ayes dolorosos,
Y nombres cariñosos
El mísero la da.

Con vivo colorido
Se traza en su memoria
La milagrosa historia
Que cuentan de Jesús,
Del justo Nazareno,
A cuya voz bendita
El muerto resucita
Y el ciego ve la luz.

Acusa de tardío
Al propio pensamiento,
Y con repuesto aliento
Y varonil vigor,
Aplaza su quebranto,
Ligero se levanta,
Y va con ágil planta
Buscando al Salvador.

Se dice convencido
Que Cristo es el Mesías
Del férvido Isaías,
Del lúgubre Ezequiel.
En su terrible angustia
Su gran fervor estriba,
Porque el dolor aviva
La llama de la fe.

Con paso infatigable,
Henchido de esperanza,
Por la ciudad avanza
En busca de Jesús,
Del jefe prometido
De la nación hebrea,
Del mártir de Judea,
Del *Hombre* de la cruz;

Del *Hombre* á quien le deben
Su luz la inteligencia,
Sus fueros la conciencia,
Su vida el corazón,
La muerte sus encantos,
Su palma el sacrificio,
Y derrocado el vicio
Magnánimo perdón.



La resurrección de la Hija de Jairo.

Y Jairo ante el Mesías
Prostérnase de hinojos,
Los abatidos ojos
Apenas puede alzar,
Su mal y su deseo
Suspira en frase breve,
Y Cristo se conmueve
Y tras de Jairo va.

Jesús, cual recatando
Su esencia omnipotente,
Así dice á la gente
Que mira en derredor:
—“Tan sólo está dormida
La que juzgásteis muerta,
Y la veréis despierta
Al eco de mi voz.”

Y como Abril benigno,
Tras crudo invierno fiero,
Desata al prisionero
Helado manantial,
Así su voz deshace
El hielo de la muerte,
Y el bello cuerpo inerte
Principia á respirar.

En sus rasgados ojos
Luz apacible brilla,
Colora su mejilla
Ligero rosicler.
El padre queda inmóvil,
Atónito, suspenso,
Con gozo tan intenso
Que tiembla de placer.

—El Salvador se aleja—
La niña en el anciano,
Su débil, tibia mano
Apoya para andar;
Y con incierta planta
(Que mal en pie se rige)
Ansiosa se dirige
El cielo á contemplar.

En vasto giro inútil
Prolonga su mirada,
Sin que divise nada
De lo que anhela ver;
Cual si en eternas sombras
Sumido al orbe viera,
Le asusta de la esfera
La densa lóbreguez.

• ¿Del recobrado mundo
Le agobian las cadenas?
¿Suspira por las penas
Que tiene que sufrir?
La niña al níveo pecho
Inclina tristemente
Su enajenada frente,
Y á Jairo dice así:

“Las sienes abrasadas,
Acongojado el pecho,
En el revuelto lecho
Postrábame el dolor:
Nublábanse mis ojos,
Y por doquier sentía
Confusa vocería,
Monótono rumor.

Mis párpados de pronto
Se entornan blandamente,
Arómase el ambiente
Con nardos y azahar;
Me arrulla y me embelesa
De oculta lira de oro
Dulcísimo, sonoro
Y armónico vibrar.

Hollando con sus plantas
Arrebolada nube,
Gentil, blondo querube
Del éter descendió.
Del morador del cielo
El cerco centellante
Con esplendor brillante
Mi faz iluminó.

Un ósculo de suave
Y de hermanal ternura
Dió el ángel de la altura
En mi turbada sién;
Y desceñida al punto
De la terrena veste,
A la región celeste
Gozosa me lancé.

Y sin afán molesto
Ni esfuerzo fatigoso,
Siguiendo al venturoso
Espíritu inmortal,
Hendí los no medidos
Espacios, coronados
Con orbes inflamados
Que ruedan sin cesar.

Contemplo al remontarme
Portento tras portento,
Del suelo al firmamento
Llenando la extensión;
La escala se dibuja
De innumerables gradas,
Por ángeles guardadas
Que en sueños vió Jacob.

De esfera á esfera cruzan
Estrellas misteriosas,
Y notas cadenciosas
De mágico laúd,
Y de abrasada mirra
Embalsamadas nubes,
Y alígeros querubés
Y espíritus de luz.

Me esfuerzo vanamente
Con temerario empeño,
Tan inefable ensueño
Queriendo relatar.—
Perenne primavera,
Belleza inmarcesible,
Sosiego inextinguible,
Eterna libertad;

De amor inagotable
La sin igual delicia,
En triunfo la justicia,
Con lauro la virtud;
A su perdida patria
La humanidad volando,
Por lábaro llevando
Ensangrentada cruz;

Y, en fin, la cumbre célica,
Espléndida, infinita:
Tal fué mi mal descrita
Seráfica visión.
Por eso, al despertarme,
Al verme en este suelo,
La hiel del desconsuelo
Me amarga el corazón.

Yo he visto, padre mío,
De par en par abierta
La reforzada puerta
A dó se estrella el mal;
Y al traspasar del cielo
El muro de diamante,
Gemido penetrante
Me tuvo en el umbral.

En Palestina un hombre
Mi ausencia lamentaba,
Llorando me llamaba.
Escucho y es tu voz,
Y tiemblo, gimo, dudo,
Me rinde tu quebranto;
Y dejo al ángel santo
Y acudo á tu dolor.

Desciendo, padre, en alas
De la filial ternura,
¿Qué vale mi ventura
Si cuesta tu pesar?
Es caro el goce eterno
Con tu aflicción comprado;
No quiero de tu lado
Volverme á separar.

¿Fué larga mi jornada?
¿Duró breve momento?
¿Quién tu apenado acento
Llevó á mi corazón?
¿Quién me mostró la puerta
Del inmortal seguro?
¿Quién á este valle obscuro
Mi espíritu lanzó?

Si cuadro tan magnífico,
Tan bello y halagiieño,
Fué realidad ó sueño,
Decirte no podré;
Mas sé que la bajeza
Del mundo he comprendido,
Que niña me he dormido
Y desperté mujer.

No digo bien; el eco
Que vibra en mi conciencia,
No es, padre, la experiencia
De la madura edad.
Ni quemo incienso inútil
Con esperanza vana
De la ventura humana
En el profano altar.

No cubre ya mis ojos
Del mal la espesa venda,
Y en la escabrosa senda
Que lleva á ser feliz,
Cual peregrina cauta
Caminaré de día,
Y para solo guía,
Señor, te quiero á tí.

Encontraré al embate
Del infortunio rudo
Inquebrantable escudo
En el paterno hogar,
Aquí, contigo, lejos
Del mundanal ruido
En sosegado olvido,
En venturosa paz.